

ESPAÑA EVANGÉLICA

AÑO VIII. — NÚM. 365

Madrid, 20 de Enero de 1927

PRECIO: 15 CÉNTS.

LA IGLESIA EN EL MUNDO

«Maestro, trae a Ti mi hijo, que tiene un espíritu malo... y dije a tus discípulos que le echasen fuera, y no pudieron.»

MARCOS, IX, 17 y 18.

CRISTO está en la cumbre del monte, transfigurado, radiante de gloria; su rostro res-

plandece como el sol y sus vestidos son blancos como la luz. Con Él están Moisés y Elías con majestad grande y le acompañan sus tres discípulos predilectos: Pedro, Jacobo y Juan.

Abajo ha dejado a los demás discípulos. Ellos podrán ser necesarios al pobre mundo lleno de dolor, miseria y quebranto a causa del pecado, mientras Él se quita del mundo, si así podemos decir, por breve tiempo con los tres discípulos.

Pronto se presenta un caso en que es necesario el auxilio de los que han quedado al pie del monte. Un padre cuyo hijo está poseído de un espíritu malo hace mucho tiempo, lo trae a Jesús para que eche el demonio fuera del pobre muchacho. Viene al valle en busca de Jesús, pero no encuentra allí más que a los discípulos. No se contraría por esto; juzga que si no está allí Jesús están sus discípulos, que podrán hacer aquello que él solicita como el mismo Jesús, y en consecuencia les pide que echen el demonio de su hijo.

Su esperanza razonable fué defraudada. Él ve con dolor desgarrador que los discípulos conjuran en vano al espíritu malo en el nombre de su Maestro para que salga del mozo, y nada pueden hacer en favor de este joven y de su padre, dejándolos en la misma condición de antes. ¡Qué digo en la misma condición de antes! Al mozo tal vez le dejaron en igual situa-

ción, pero no así al padre, a quien desde aquel momento le arrancaron del corazón la última esperanza que tenía de la salvación de su hijo.

Aquel padre cae, como es natural, en un desaliento terrible. Creía que Jesús podía echar el demonio de su hijo, y su-

hijo, etc., y dije a tus discípulos, etc.? y al mismo tiempo con ellas se dirigía al Maestro, habiendo surgido un poco de esperanza en su corazón, solicitando: «Si puedes algo, ayúdanos teniendo misericordia de nosotros.» Su quebrantada fe tal vez no le permite hacer al Maestro la

misma demanda que había hecho a los discípulos. Él solicita solamente de Jesús que alivie algo a su hijo, y así le proporcione alguna ayuda a su aflicción. Cuando Jesús le dice: «Al que cree todo es posible», el padre responde clamando: «Creo, ayuda mi incredulidad», clamor de gran angustia, causada por el intenso esfuerzo de su alma que quiere creer. Cristo arroja del mozo el espíritu malo, y devuelve al joven a su padre.

Luego le preguntan los discípulos a Jesús por qué causa ellos no habían podido hacer la maravilla, y Él les contesta que la causa del fracaso era la incredulidad de ellos, y que con fe y oración hubieran realizado lo que se les demandaba.

Cristo ha subido a su gloria y ha dejado a sus discípulos en el mundo; ellos constituyen su Iglesia, y esa Iglesia es necesaria en este mundo lleno de pecado, dolor, miseria y quebranto. Su Maestro les ha encomendado la proclama del mismo mensaje que Él anunció sobre la tierra: el Evangelio del Reino de Dios, y la comisión de la misma obra que Él realizara durante su vida terrena: consolar al triste, animar al desalentado, corroborar las

rodillas del que, habiendo salido del pecado, se dirige con vacilante paso hacia Dios. Muy grande es el privilegio de la Iglesia cristiana; podemos decir que en cierto sentido Cristo está ahora en el mundo en la persona de su Iglesia. Pero



LA TRANSFIGURACIÓN

(Cuadro de Rafael. Galería del Vaticano.)

SUMARIO

La Iglesia en el mundo (Daniel Araujo). — Nuestra lámina. — A través de la Prensa: La penosa ascensión (M. Benlliure y Tuero). — Los animales de la Biblia (Ángel Cabrera). — La agitación en China. — De actualidad. — Información Evangélica. — Recuerdos de un veterano. — Esfuerzo Cristiano. — Escuela Dominical. — Anuncios.

si grande es el privilegio, es grande también su responsabilidad.

Traer una inquietud, un dolor, un quebranto a los discípulos del Señor será traerlo al mismo Señor, cuando sus discípulos estén en aquellas condiciones espirituales que deben estar y que pueden estar gracias a los recursos abundantes con que quiere prevenirles su propio Maestro y Señor. Pero si la Iglesia, por olvido de la oración y comunión con su Señor, no puede servir para remediar los males y dolores que las personas desesperanzadas de encontrar el remedio en el seno del mundo les lleven, para nada sirve en este caso. Es tan inútil como un candelero que no alumbraba, y como la sal que no sazona los alimentos, y entonces cae irremisiblemente bajo el terrible juicio de su Maestro y Señor.

DANIEL ARAUJO

NUESTRA LÁMINA

El grabado que aparece en la primera plana de este número es uno de los cuadros famosos del pintor Rafael de Urbino; se titula «La Transfiguración», y se conserva en la Galería del Vaticano. En la parte inferior del cuadro, un hombre, cuyo hijo se halla poseído del demonio, rodeado de varias personas de su familia, lo presenta a los Apóstoles que han quedado al pie del Tabor esperando a Jesús. Los discípulos, no teniendo poder para ahuyentar los malos espíritus, señalan a Cristo como único en quien reside virtud para sanar al poseso. En la parte superior está Jesús sobre una montaña, elevado en el aire entre Moisés y Elías, con los tres Apóstoles Pedro, Juan y Jacobo, que le siguieron hasta la cima del Tabor, deslumbrados por la gloria que rodea al Divino Maestro.

De este cuadro existe en el Museo del Prado una copia, debida a un discípulo de Rafael, llamado Giovanni Francesco Penni, encargada por el Papa Clemente VII. Después de haber estado en distintos sitios y en posesión de diferentes personas, vino a parar a la colección de nuestro Museo Nacional.

**ESTE NUMERO
HA SIDO REVISADO
POR LA CENSURA**

A TRAVÉS DE LA PRENSA

LA PENOSA ASCENSIÓN

De un artículo de Mariano Benlliure y Tuero, publicado en la revista *Nuevo Mundo* con el título indicado arriba, reproducimos los siguientes interesantes párrafos:

«Nos es imposible hacer derivar la conciencia de meros procesos fisicoquímicos. La inteligencia y la voluntad no podemos considerarlas como propiedades de la materia. Además, si tratamos de reducir la materia a su pura materialidad, nos encontraremos con que hasta en la materia bruta hay un principio de energía, un algo vital imposible de representar por elementos puramente materiales, puramente cuantitativos. Por eso nos vemos obligados a aceptar el agente espiritual, aunque no acertemos a definirlo.

«Ese agente que apenas si alcanza a manifestarse en la materia bruta, va adquiriendo poco a poco preponderancia; lo vemos ascender por el reino vegetal y traducirse cada vez en fenómenos más inexplicables, hasta que, al llegar a los comienzos del reino animal, vemos alborar ya el gran milagro, lo realmente inmaterial, lo que se sobrepone de verdad a la materia y es la cima de la evolución natural: la conciencia. También la conciencia aparece en formas muy rudimentarias y asciende lentamente a través del reino animal, llegando por la línea de los vertebrados hasta la conciencia humana.

«Ahora bien; ¿debemos creer que toda esa penosa ascensión ha de tener como término definitivo el brevísimo fulgor de la conciencia — ese relámpago en medio de la noche infinita —; es decir, que la progresiva emancipación de lo espiritual no puede alcanzar sino hasta la conciencia humana? ¿O debemos creer, por el contrario, que la ascensión continúa y que caminamos hacia un reino superior, en el cual nuestra conciencia, desligada del organismo corporal, alcanzará su completa independización espiritual, tan penosamente perseguida a través de los reinos naturales?

«No se trata aquí de la contienda entablada entre materialismo y espiritualismo; mejor dicho, se trata de esa contienda, pero planteada en el terreno práctico. No vamos a discutir si el mundo espiritual debe deducirse del material o viceversa; pues el problema, planteado en esta forma puramente especulativa, además de ser ininteligible, nunca llegará a interesarnos de verdad. Vamos a considerar el problema en la forma práctica en que arriba lo hemos planteado, extendido sobre el camino de la acción, directamente relacionado con nuestro destino individual.

«Llevando a este terreno el debate entre el materialismo y el espiritualismo, deberemos forzosamente inclinarnos hacia

este último, y nos inducirá a ello tanto el espectáculo del Universo como el misterioso lenguaje con que nos habla la vida desde la profundidad del alma. Si contemplamos la Naturaleza, veremos cómo el reino mineral tiende hacia la forma de vida vegetal, y el reino vegetal hacia la conciencia animal; y la conciencia, por último, hacia una forma superior completamente emancipada de la materia. Las dos primeras tendencias han alcanzado plenamente su finalidad. ¿Por qué, pues, no ha de correr igual suerte la tercera?

«Aunque las ciencias naturales, limitándose a su esfera, no quieran mirar más allá del hombre y lo coloquen en la cumbre de la evolución, no hay, en verdad, nada que nos induzca a creer que la ascensión termina en nosotros. Al contrario; si, libres de todo prejuicio científico (no sólo hay prejuicios religiosos), nos aplicamos a contemplar el Universo y a escuchar la voz de nuestra vida interna, todo nos inducirá a creer en la existencia del reino espiritual. En el reino animal es en el que más claramente vemos anunciado el reino superior; el hombre, en efecto, es la superación del reino animal, un puente tendido entre éste y el espíritu independiente. Tal interpretación puede darse a la teoría nietzscheana del superhombre; el deseo de superación de que nos habla Nietzsche es la fuerza irresistible que nos impulsa hacia el reino espiritual; irresistible, porque detrás de nosotros vienen empujándonos, a modo de alud, los tres reinos inferiores. Además, si terminase en el hombre la penosa ascensión de la vida, tendríamos la sensación de encontrarnos en la cima; sólo podríamos mirar hacia abajo, y la Religión, la Filosofía y el Arte, que son miradas a lo alto, ansias de subir, no existirían. La ciencia misma, al ampliar nuestra zona de acción inmediata, nos separa cada vez más del reino animal y nos hace sentir la proximidad del reino superior. La voluntad y la razón también exigen la existencia de ese reino; la voluntad, porque no quiere morir y pide la inmortalidad del alma, y la razón, porque pide la solución de tanto problema humanamente indescifrable.

MARIANO BENLLIURE Y TUERO.»

¿Para qué es el desear
cosa que, si acaso viene,
es peor?

Dejemos a Dios obrar,
que sabe lo que conviene
y es mejor.

No creas te ha de faltar
el que al lirio y gorrión
vestido ha dado,

que el que nos ha de salvar,
de todos cuantos hoy son
tiene cuidado.

LUIS PÉREZ.

LOS ANIMALES DE LA BIBLIA

EL CARNERO

La especie ovina doméstica es uno de los animales más frecuentemente citados en el Libro santo. Lo mismo que nosotros, los hebreos tenían distintos nombres para cada sexo y edad, llamando *ail* al morueco o carnero padre; *rahel* (con la *h* fuertemente aspirada) a la oveja; *kebesh* al cordero de un año, y *taleh* al corderillo que aún no ha sido destetado.

En Palestina hay carneros algo parecidos a los de España, pero además existe allí una raza desconocida en nuestro país, y que es verdaderamente notable por sus patas largas y finas, por sus cuernos pequeños y, más que por nada, por su cola, una cola enorme, llena de grasa. Hay regiones en el Oriente donde esta casta presenta una cola tan monstruosa, que hay necesidad de colocarla sobre un carrito, del cual va tirando el mismo carnero. En la Biblia se hace mención de esta particularidad en dos ocasiones; pero seguramente muy pocos de mis lectores podrían encontrar en dónde, pues los traductores, generalmente poco versados en Historia Natural, no se han cuidado mucho de la exactitud en la versión. Uno de estos pasajes está en Éxodo, XXIX, 22, donde al explicar los detalles de la ceremonia de la consagración de Aarón y sus hijos, dice Jehová a Moisés: «Luego tomarás el sebo del carnero, y la cola, y el sebo que cubre los intestinos, etc.» Ahora bien; el texto hebreo no dice simplemente «la cola», sino «la cola gruesa y grasienta»; pues aunque sólo emplea una palabra, es ésta un nombre derivado de cierto verbo que significa precisamente «estar gordo y lleno de grasa». Exactamente lo mismo debe tenerse presente en el otro pasaje, que es el verso noveno del tercer capítulo del Levítico.

Aunque en nuestro país se encuentran muchas costumbres bastante semejantes a las de los orientales, esto no reza con la manera de pastorear el ganado lanar. En la Tierra Santa y países circunvecinos, el pastoreo se hace de un modo muy distinto al de los demás pueblos de la tierra. Lo árido y seco del terreno obliga a los pastores a hacer grandes viajes con sus rebaños, y a veces a vivir durante mucho tiempo separados de su familia, como sabemos lo estaban los hermanos de Josef cuando éste fué a buscarlos. Siendo escasa el agua y pocos los buenos pastos, el procurar ambas cosas a sus ovejas es una de las principales preocupaciones de todo pastor que quiera cumplir con su deber. (Salmo XXIII, 1, 2.)

Lo mismo en nuestros días que en los de los antiguos israelitas, se encuentran con frecuencia en los campos de las regiones de Oriente abrevaderos para el ganado. Consisten en un ancho pilón junto a un pozo, con un cubo, generalmente

hecho de cuero, para sacar el agua; una piedra cubre la boca del pozo, impidiendo la entrada de las nubes de arena que levanta el viento del desierto. A la caída de la tarde, numerosos rebaños acuden a beber allí, y los pastores de ambos sexos tienen una ocasión para charlar; como quiera que en el desierto no está la mujer mahometana sujeta a la reclusión del harén, no es raro que aun hoy los pastores jóvenes se muestren en estos casos galantes con las pastoras; pero entre los hebreos, esta rústica cortesía era todavía más frecuente. La Escritura nos muestra



CARNEROS

a Jacob sacando agua para el ganado que pastoreaba Raquel (Gén., XXIX, 10), y a Moisés le vemos haciendo lo mismo para las ovejas que estaban al cuidado de las hijas del sacerdote de Madián (Éxodo, II, 17); en uno y otro caso, la galantería del hombre tuvo como consecuencia el matrimonio con la pastora.

Otro importantísimo deber del pastor oriental consistía, y consiste, en defender sus ovejas de las fieras y de los ladrones, calamidades harto frecuentes en aquellos países. Un grueso garrote, que no otra cosa era el cayado de que habla el Salmo XXIII, y una honda, bastaban generalmente para imponer respeto a los intrusos; si éstos se propasaban, el pastor no tenía inconveniente en luchar con ellos cuerpo a cuerpo, exponiendo su vida por sus ovejas (Juan, X, 11). Todo el que ha leído la historia de David conoce la contestación que éste dió a Saúl, que se atrevía a dudar de su valor: «Cuando tu siervo era pastor de las ovejas de su padre, y venía un león o un oso, y arrebató algún cordero del rebaño, yo salía tras él y lo hería y se lo quitaba de su boca, y si se levantaba contra mí, lo asía de la quijada y lo hería y lo mataba» (1.º Sa-

muel, XVII, 34, 35). No lejos del mismo pasaje se habla del cayado y de la honda de David, y se nos ofrece una prueba de la habilidad con que el mozo manejaba estas armas primitivas.

En Palestina, el pastor suele ser a la vez dueño del rebaño, o por lo menos de una parte de él; todas las ovejas oscuras o manchadas que había entre los ganados de Labán pertenecían a Jacob. No hay necesidad de demostrar que un pastor que cuida de lo que es suyo, tendrá siempre mayor interés por las ovejas que un hombre asalariado, el cual, si ve que viene un lobo, le deja arrebatar los corderitos y huye cobardemente (Juan, X, 12). Nuestro Señor Jesucristo no empieza su hermosa parábola de la oveja perdida diciendo: «¿Quién de vosotros guardando cien ovejas...?», sino que explícitamente dice «teniendo cien ovejas». El pastor pagado, que cuida de ganado ajeno, no abandonaría todo un rebaño por una oveja que se perdiese.

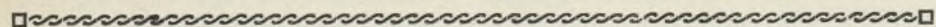
El aislamiento en que los pastores orientales pasan la vida, acompañados solamente por sus carneros y ovejas, hace que estos animalitos sean para ellos verdaderos amigos; les hablan como si fueran seres racionales; les dan distintos nombres, y los mansos ruminantes acuden a su voz y les siguen por todas partes cuando son llamados. Demasiado conocidas son las imágenes que, fundándose en estos y otros hechos, empleaba Cristo en sus parábolas; y antes y después de Él, profetas y apóstoles acudieron con frecuencia al carnero y a la oveja en busca de símbolos. A cada momento se nos habla en la Biblia del pueblo que vive como rebaño sin pastor, de los corderos de Cristo y de la mansedumbre del cordero, con la cual es comparada la humildad y resignación del Redentor del mundo; Él mismo es llamado el Cordero de Dios, sin duda porque no hay otro animal tan sufrido e inocente como el cordero, con el cual pudiera compararse al que dió su sangre por nosotros. Y si estas imágenes nos parecen a nosotros claras y exactas, más lo han de ser para los pueblos orientales, familiarizados con la vida pastoril desde las épocas más remotas. Abel era pastor (Gén., IV, 2), y después de él todos los patriarcas y algunos reyes y, en general, casi todos los personajes conspicuos de la historia hebrea, pudieron decir como los hermanos de Josef: «Pastores de ovejas son tus siervos, tanto como nuestros padres» (Gén., XLVII, 3).

Para terminar, y como quiera que es imposible enumerar en poco espacio todos los pasajes bíblicos que hacen mención del carnero, directa o indirectamente, diré tan sólo que los hebreos hacían de este animal el mismo uso que nosotros. Su lana, su carne y la leche de las ovejas eran aprovechadas, y sabemos por diversos textos que de la última se hacía manteca y queso (Gén., XVIII, 8; Juec., V, 25; 1.º Sam., XVII, 18, etc.). Además, de los cuernos se hacían vasijas para con-

servar el aceite (1.º Reyes, I, 39), y ablandándolos por medio del fuego y dándoles una forma adecuada, servían de cornetas para los sacerdotes. En la lengua hebrea, una sola palabra sirve para designar el cuerno y la corneta. Pero de toda la utilidad que del carnero se sacaba, nada tan importante, desde el punto de vista sagra-

do, como el empleo de su carne en los sacrificios y su significación en la fiesta de la Pascua; como de ello se habla extensamente en los cuatro últimos libros del Pentateuco, a ellos debe acudir el lector para conocer aquellos detalles que no encajan en la índole de este estudio.

ANGEL CABRERA.



LA AGITACIÓN EN CHINA

La situación que atraviesa el un día Celeste Imperio constituye una grave cuestión internacional y un profundo problema humano.

Era China la nación eremítica. Amaba su soledad y su aislamiento. Habíase rodeado de su impenetrable muralla. Cerraba sus puertos al tráfico occidental. Pero Europa, la Europa industrial, no la quería así. A cañonazos de las escuadras, aquellos puertos se abrieron. China tuvo que admitir las mercancías europeas y a los europeos mismos. Las potencias lograron para éstos el beneficio de la extraterritorialidad. No estaban sujetos para nada a las autoridades chinas. Y las mismas aduanas chinas eran, y son todavía, una dependencia oficial de las potencias europeas.

Sin querer, y aunque China no lo entendiese así, Europa le hizo un favor con este trato. Molesto era al principio para aquel pueblo el impacto con la civilización occidental; pero a la larga, traía aparejada la salida de China de su marasmo budista.

El misionero europeo y americano entró en la China unas veces precediendo y otras siguiendo al comerciante; pero siempre corrigiendo la impresión que en bastantes casos éste hacía con su desaprensión y su audacia. Inglaterra, que por muchos años importaba el opio a la China, enviaba también muchos de sus más nobles hijos a vivir la fe cristiana entre aquel pueblo. Eran estos los mejores amigos de los chinos. Con los demás misioneros predicaban, enseñaban, curaban, corregían vicios seculares, elevaban el nivel de los chinos. Y el chino no era ya tan manejable, tan abúlico como antes. La situación del misionero fué siempre muy delicada; mirado como un estorbo por sus compatriotas, por ser amigo del chino, y odiado a veces del chino por ser, al fin y al cabo, europeo. ¡Cuánta paciencia ha debido tener! Ahora mismo vemos que bastantes misioneros de todas las ramas cristianas y de todos los países sufren a manos de las turbas y se ven en peligros muy serios. Es de notar que es mucho más fácil asaltar una iglesia o casa pastoral aislada que una «concesión» o barrio extranjero, que siempre tiene alguna defensa.

No nos extraña saber que son los jóvenes chinos educados en los colegios de

la Misión los que ahora se distinguen por su fervor nacionalista. Como tampoco nos debe extrañar que sean los estudiantes chinos de Oxford y Cambridge, de las Universidades norteamericanas y de Rusia, los que actualmente inspiren la agitación contra los extranjeros. Es este un triunfo de la civilización occidental. A nombre de lo mejor de ella, están juzgando los chinos a las potencias europeas. Y también a nombre del Cristianismo.

La dificultad que Europa tiene con los chinos es que éstos se están europeizando demasiado de prisa. Ni odian la civilización europea ni odian el Cristianismo. Lo que ocurre es que están trabajados por todas las corrientes de Europa: las buenas y, ¡ay!, las malas también.

Desde luego, hay chinos que aborrecen el Cristianismo, al que consideran aliado del capitalismo. Pero ¿pasa esto sólo en China?

En cierto modo, los misioneros (como todos los que han procurado elevar al chino) son causantes de la actual situación. Pero esto no justifica las palabras de Lord Inchcape en la junta de accionistas de una entidad naviera inglesa. No es verdad que el antagonismo chino sea debido en gran parte «al envío de misioneros para convertir aquel pueblo al Cristianismo». Cuando el chino persigue al misionero, le persigue, no por ser cristiano, sino por ser extranjero. Como ha respondido muy bien el obispo anglicano de Salisbury: «No es a la religión del extranjero a la que el chino objeta; es a la invasión comercial, de la cual el Lord Inchcape sabe cuanto hay que saber».

La actual situación ha venido porque tenía que venir. La Rusia soviética se ha adelantado a adoptar actitudes simpáticas a los chinos (es decir, a tratarlos como europeos) para dejar atrás a Europa. Ojalá que ésta se supere a sí misma en un hermoso movimiento de generosidad y consideración «venciendo con el bien el mal».

E. E.

Una resolución importante sobre los asuntos chinos.

El Concilio Nacional Cristiano de China, organismo en que están asociadas muchas de las Iglesias y Misiones de aquel vasto país, votó recientemente la siguiente

te resolución, que adquiere ahora intensa actualidad:

«Aunque el Concilio Nacional Cristiano no está facultado para expresarse oficialmente a nombre de las organizaciones que le han dado existencia, con todo, después de estudiar detenidamente todas las manifestaciones publicadas por dichos organismos, podemos colectivamente como individuos hacer constar nuestra convicción:

»1.º De que la Iglesia Cristiana y las Misiones Cristianas deben predicar el Evangelio y prestar los servicios cristianos en China sobre la base de la libertad religiosa, que la República de China espontáneamente concede, y que todas las cláusulas de los tratados con países extranjeros para asegurar privilegios especiales a las iglesias y misiones deben ser anuladas.

»2.º De que los tratados vigentes entre China y las potencias extranjeras deben revisarse sobre un pie de libertad e igualdad.

»3.º De que debemos alegrarnos por los pasos ya tomados para este fin por los Gobiernos interesados y confiar en que persistirán en sus esfuerzos hasta que se consigan resultados satisfactorios.

»4.º De que cualquiera que hayan sido las circunstancias históricas que condujeron al estado presente de cosas, su pronto remedio es ahora la responsabilidad conjunta de los chinos y los extranjeros, y que en esta tarea necesitan por ambas partes un espíritu de paciente longanimidad, comprensión y amor.

El Concilio, por lo tanto, invita a todos los cristianos en China, de cualquier nacionalidad o profesión, a seguir a Cristo más valerosamente, cueste lo que cueste, y a cooperar para que su Espíritu influya en nuestras relaciones internacionales.

AGENTES DE «ESPAÑA EVANGÉLICA» EN AMÉRICA:

ESTADOS UNIDOS

D. JUAN ORTIZ GONZÁLEZ

25, Madison Avenue. - NUEVA YORK

URUGUAY

D. MANUEL PUCH

Avenida Gonzalo Ramírez, 1725. - MONTEVIDEO

ARGENTINA

D. ISIDORO MERODIO

Cañada de Gomez, 2272. - BUENOS AIRES

CUBA

D. VÍCTOR LÓPEZ

M. Suárez, 126. - HABANA

REPÚBLICA DOMINICANA

LIBRERÍA DOMINICANA

19 de Marzo. - SANTO DOMINGO

COLOMBIA

D. MARCELINO VALENCIA

BUGA - Departamento del Valle.

MÉJICO:

DON JAIME IBÁÑEZ

2.ª Alatorre, 9. JALAPA. VER.

DE ACTUALIDAD

Apuntes de la semana.

Continúa siendo nota culminante la gripe, que en algunos puntos reviste los caracteres de verdadera epidemia, obligando a las autoridades a dictar medidas para evitar su propagación. De esperar es que el acierto en unos y la observancia en otros hagan decrecer la enfermedad, que con justicia preocupa a todos.

Se extiende por América del Sur la protesta por la intervención de Estados Unidos en Nicaragua, y se dice que Sacasa, el jefe de los liberales nicaragüenses, está dispuesto a dictar las medidas necesarias para que cesen las hostilidades y se evite aquella intervención, y con ella el que Nicaragua venga a quedar convertida en una colonia de aquella poderosa República.

La cuestión de China es grave, y de ella se habla en otro lugar de este mismo número; y lo de Méjico sigue haciendo gemir las Prensas de los clericales de por acá, los cuales únicamente ven en ella una honda persecución religiosa, cuando en realidad no es más que un estado de rebelión de los reaccionarios contra leyes dictadas ya hace diez años, y que el Gobierno de Méjico se cree obligado a poner en vigor.

Casi mueven a risa los aspavientos que hacen algunos, como *El Sol*, que en uno de sus recientes editoriales dice que sería curioso estudiar por qué aquí «es donde democracia y catolicismo menos se han entendido». No es preciso estudiar mucho para explicarse tal fenómeno. Aquí, ni se ha predicado ni se ha practicado el verdadero catolicismo, el catolicismo definido por San Atanasio, sino un clericalismo rabioso e intransigente, que durante años ha hecho temas de sus sermones, enunciados como éstos: *El liberalismo es pecado; El matrimonio civil es un concubinato*, y otros por el estilo. Y de este clericalismo tiene un ejemplo, acabadito de salir del horno, en el caso que antes citamos. Hubiérase predicado aquí el verdadero catolicismo, el catolicismo evangélico, y no habría habido lugar a incomprendimientos entre catolicismo y democracia.

Y ponemos punto, con la afirmación con que se lo puso Jordana de Pozas a su conferencia en el grupo de la Democracia Cristiana: «El remedio para la sociedad moderna, que está moribunda, no puede hallarse más que en el Cristianismo.» Conformes. Pero entendámonos: no en el Cristianismo mixtificado y acomodaticio de los romanistas, sino en el Cristianismo del Evangelio; en el Cristianismo del que vino para sanar a los quebrantados de corazón, para libertar a los cautivos, para dar buenas nuevas a los pobres; en el Cristianismo de Aquél que dijo: «Venid a Mí todos los que estáis trabajados y car-

gados, que yo os haré descansar.» En este Cristianismo, sí, está el único remedio para la sociedad de hoy y de todos los tiempos.



El tesoro de San Pedro.

A juzgar por la tenacidad de unos ladrones, diríase que San Pedro no nació para millonario. No lo era en verdad cuando pescador en Galilea llevaba la vida de necesidad y sacrificio que generalmente llevan los heroicos trabajadores del mar. Bien seguro que de su esfuerzo cotidiano no sacaría más de lo necesario para vivir con estrechez.

Luego, llamado por el Señor para ser pescador de hombres, emprendió una vida no muy halagüeña ciertamente en cuanto a riquezas materiales se refiere. Los pescadores de almas en aquellos tiempos no estaban tan bien retribuidos como ahora. Y siguiendo la vida de Pedro según las sagradas escrituras, no hallamos que él tuviese posesiones, alhajas ni cuenta abierta en ningún Banco.

Así había de ser, ya que seguía a un Maestro que aconsejaba no amontonar tesoros en la tierra, y que Él mismo no tuvo ni aun donde reclinar su cabeza. De las riquezas que tenían Señor y discípulos, da prueba aquella ocasión en que tuvieron que sacar de las agallas de un pez la moneda para pagar el público tributo. Otra vez los discípulos de Jesús comieron espigas porque tenían hambre.

Por eso, nos ha sorprendido una noticia que ha publicado la prensa. Decían los periódicos que de nuevo unos audaces ladrones han intentado llevarse el tesoro de San Pedro de la Basílica de Roma. La realización del robo fué impedida por la guardia que continuamente presta servicio en la Basílica.

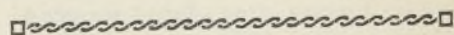
Al pronto, hemos sospechado que habría error en la información. No podíamos creer que Pedro, el pescador de Galilea, el discípulo de Jesús y el Apóstol del Evangelio, se permitiese el lujo de tener tesoros y guardia permanente para custodiarlos. Y le hemos recordado a la puerta del templo La Hermosa dando al paralítico mendigo lo que tenía. «No tengo plata ni oro, mas lo que tengo te doy.»

Pero nos lo han asegurado tanto que no hemos tenido más remedio que creerlo. Claro que con una observación. La de que dichos tesoros le han sido adjudicados a San Pedro después de muerto, o, lo que es lo mismo, cuando ya no podía distribuirlos. Quizá porque su carácter generoso y vehemente no eracomó el del avaro judío de Molière. Pedro, como muchos santos a quienes después de muertos y para despistar les adjudican dinero algunos vivos, no poseía riquezas para adornar sus tronos, sino para repartirlas

a manos llenas entre los pobres desheredados.

El tesoro actual de San Pedro podrán quizá robarlo algún día esos malhechores que por su insistencia parecen querer demostrar que el Apóstol no nació para potentado. Pero el otro, el verdadero tesoro de Pedro, la fe ejemplar en su Maestro, no es fácil que nadie se la lleve, porque no puede ser arrebatada ni monopolizada. Y es únicamente sobre esa fe firme que germina en cada corazón, donde Cristo puede fundamentar su Iglesia.

ALEX



LA VERDAD DE DIOS

«Todo el daño que viene al mundo es de no conocer las verdades de la Escritura con clara verdad; no faltará una tilde de ella.»

Palabras son estas que Santa Teresa de Jesús pone en boca de nuestro Señor, representando que así le fué revelado por Aquel que es la misma verdad, en uno de sus momentos de arrobamiento en que corriendo los velos de la fe su Redentor le mostró los inefables tesoros que tiene guardados para los que le aman.

Luego dice: «A mí me pareció que siempre yo había creído esto y que todos los fieles lo creían». Dijome: «¡Ay hija, qué pocos me aman con verdad, que si me amasen no les encubriría yo mis secretos. ¿Sabes qué es amarme a mí con verdad? Entender que todo es mentira lo que no es agradable a mí.»

Después añade: «Dijome aquí el Señor una particular palabra de grandísimo favor... Entendí qué cosa es andar un alma en verdad, delante de la misma Verdad... Esta verdad que digo se me dió a entender; es en sí misma verdad, y es sin principio ni fin, y todas las demás verdades dependen de esta verdad, como todos los demás amores de este amor, y todas las demás grandezas de esta grandeza, aunque esto va dicho oscuro, para la claridad con que a mí el Señor quiso se me diese a entender.»

Lo que para Teresa de Jesús era una verdad indudable, que todo el daño que viene al mundo nace de no conocer a fondo la Santa Biblia, no está aún reconocido por los mismos que la veneran en concepto de santa.

Tres reglas buenas para todas las cosas y para todos los tiempos.

Dedicar cada cosa a su uso.
Hacer cada cosa a su tiempo.
Colocar cada cosa en su lugar.

La Biblia es como una roca de diamantes, como una cadena de perlas, la espada del Espíritu, una carta de navegar por la cual el cristiano se hace a la vela para la eternidad, el mapa por el que se guía diariamente; es el cuadrante de su vida, la balanza en que pesa sus acciones.

INFORMACIÓN EVANGÉLICA

D. José Gorriá, en Sabadell.

No ha sido posible ni en la primera ni en esta segunda etapa del meritorio trabajo de este elocuente orador cristiano, presentarlo ante aquellos elementos de la población en los que, las galas de su oratoria, algunos de sus pensamientos político-sociales (desde el punto de vista evangélico-apostólico), y aun sus ideas netamente protestantes, según la Iglesia romana, y cristiano-evangélicas, según nosotros, habrían encontrado resonante eco; dando alas a los sentimientos de muchos y señalando orientaciones que por algunos hubieran sido atendidas, llevándolos así a hallar a Cristo, fin principal del hombre en esta vida, puesto que Él es la Luz de este mundo, como es también el Camino, la Verdad y la Vida de todo el que puede creer en Él. Pero no ha podido ser así; su trabajo se ha reducido a hablar ante hermanos y algunos amigos de éstos; edificando a aquéllos y captándose la simpatía de todos. Esperemos y confiemos en mejores tiempos; no olvidando que estamos en España y en los preliminares de nuestra tan gloriosa como heroica obra de reforma religiosa.

En cuanto al trabajo hecho entre nosotros en esta ocasión, ahí va un ligero bosquejo:

Desde el primer día se propuso rebatir las enseñanzas contenidas en la Conferencia del capuchino de la Cuaresma pasada, cuyos puntos fundamentales se redujeron a que el *Protestantismo* carecía: de espiritualidad, pues era en la práctica materialista; de eficacia, pues su fe estéril no entraña solución para ninguno de los problemas sociales e internacionales que interesan a la Humanidad; de vitalidad, finalmente, porque nació muerto.

En las correspondientes homilias de los Domingos, alternadas de Conferencias, nuestro amigo demostró todo lo contrario, a saber: que el *Protestantismo* es rigurosamente espiritualista, por su fin último, claramente definido, que es Dios, y su culto tan despojado de cuanto no sea adorarle en espíritu.

Que da solución perfecta, en lo que podemos prometernos de esta vida de expiación, admitido el pecado y la depravación de nuestra naturaleza, a esos pavorosos problemas, tormento de la mente y del corazón humano. Y esto sin salirse de la doctrina redentora del Divino Maestro, contenida exclusivamente en el Santo Evangelio y en las cartas apostólicas.

Por último, que es no sólo inexactitud evidente, sino ignorancia supina, donde no mala fe, sostener a las alturas de un siglo que ha refinado tanto la crítica, que el *Protestantismo* nació muerto al engendrarle los insignes patriarcas de la Reforma, pues deriva en línea recta, sin solución de continuidad, de los Apóstoles y Cristo, toda vez que no se separa un ápice

de la doctrina de ellos, que no pasa ni envejece con el correr de los siglos.

Fueron notables y estrepitosamente aplaudidas sus dos Conferencias desde el escenario del Colegio, los días de Navidad y de Reyes, que con motivo de la fiesta del árbol se vieron concurridísimas.

En la primera sostuvo que la paz internacional no cabe esperarse de los esfuerzos humanos, sino solamente de la doctrina de amor de Jesús, que sólo la paz de Belén será sólida y duradera, basada en la justicia y la misericordia, y no en el yugo tiránico de los sucesores de Breno.

En la segunda disertó una hora sobre las características de nuestra fe evangélica, única que ha de vencer al mundo, y aun a España, el más difícil, hoy por hoy, de los triunfos.

En ambas hizo un vibrante llamamiento a la mujer sinceramente cristiana, de quien el orador, con célebres pensadores antiguos y modernos, que citó, cristianos y racionalistas, se promete mucho y aun todo.

En Tarrasa.

Ya que no fué posible por las presentes circunstancias aprovechar el amable ofrecimiento de prestigiosa entidad que ofreció su flamante teatro para las Conferencias que hubiéramos querido dar, hubo que resignarse a darlas en la capilla, que se vió llena los tres días que duraron aquéllas, por gente amiga y extraña al Evangelio.

El Doctor «Aguirre de Zabala» desarrolló temas de controversia en conformidad con lo que se podía hacer y reclamaban las condiciones de la histórica ciudad. — *El corresponsal.*


ALMANAQUES

No pueden servirse los pedidos hechos, por hallarse agotados.

Navidad en Salamanca.

Con la brillantez que en años anteriores, celebróse en la tarde del 24 del pasado la fiesta infantil de Navidad. Hubo recitaciones de poesías por los niños y niñas; representación de la primera parte de la preciosa cantata *Al fulgor de la Estrella*; fué cantado también, con gran afinación y delicadeza, por dos niños, la primorosa composición literario-musical *El Peregrino*; y, por último, unos preciosos Villancicos por un nutrido y bien ensayado coro, que fué muy aplaudido. Al

Recomiende a sus amigos

 ESPAÑA EVANGÉLICA

terminar tan instructiva como amena fiesta, fueron los niños y niñas obsequiados con dulces y naranjas. Que Dios bendiga al numeroso público que llenó aquella tarde el amplio local de nuestras escuelas. — *Isidoro Miñambres.*



Desde la Montaña.

En la Junta general ordinaria celebrada por nuestra Sociedad de Esfuerzo Cristiano el día 4 del pasado Diciembre, se aprobó por unanimidad la constitución de la nueva Junta para el año actual, en la forma siguiente: Presidentes honorarios, Rdos. Wayne H. Bowers y Elías Marqués; presidente, Félix Iria; vicepresidente, David Fernández; secretario, David Saa; tesorera, Carmina Campano; cajera, Josefina de Vargas; vocales, Amalia López y Ascensión García, y bibliotecaria, Elvira de Marqués.

Quiera el Señor bendecir y prosperar los trabajos de los jóvenes evangélicos de Santander, para su honra y gloria. — *David Saa.*



REGISTRO

Nacimiento. — El Señor ha bendecido el hogar de D. Félix Vacas Canales, de Badajoz, con un nuevo hijo, al que se ha puesto el nombre de Daniel. Que sea enhorabuena.

Fallecimiento. — Iglesia de Chamberí, Madrid. El 14 del actual durmió en el Señor doña Encarnación Muñoz Delgado, celebrándose su entierro en la tarde siguiente en el Cementerio Civil. Nuestra sincera condolencia a toda su familia, especialmente a su esposo e hijas.



SECCIÓN FINANCIERA

Cuentas del Hospital Evangélico. — Recaudación del mes de Diciembre de 1926:

Madrid. — M. Roches, 25 pesetas; F. Orejón, 2,50; C. Galindo, 0,50; A. Huelves, 0,25; P. Bermejo, 2; P. C. O., 34; P. Yébenes, 2; A. Molina, 1; G. Douglas, 10; B. B., 5; N. Carrascosa, 1; Sres. Brachmann, 10; J. Bravo, 2; R. P., viuda de Casarrubios, 1; anónimo, Chamberí, 25; Sres. Rhodes, 10; C. y D. Reverte, 2; T. Díez y esposo, 5; A. Araujo y señora, 2,50; A. Gordovil, 1; F. Rubio, 2; J. Moreno, 1; G. Horna, 2,50; M. Martínán, 0,50; M. Díez, 1; C. A. García y Sra., 3; F. Fernández, 3; E. Burdeos, 1; S. Tranco, 1; señora de Wood, 5; alumnas del Colegio Internacional, 10; cepillo del Hospital, 7,15; E. R., 3; R. P., 3; G. J., 3; Iglesia Bautista de Lavapiés, 22,50; Misión Evangélica Inglesa, 16,50; J. Moldes, 1; A. G. N. y señora, 2,50; C. Guijarro, 2,50; una enferma agradecida al Señor, que le proporciona medios de curación, 5; J. Nieto y familia, 10; G. Rodríguez, 1; M. Vigil, 1; J. Marín, 1; L. Villar, 1; M. Molina, 1; M. Tranco, 1; L. Albares, 2; abonado por H. Wohrle, 399.

Valdepeñas. — P. de Cozar, 2.

Pontevedra. — P. Casarrubios, 10.

Algodor. — L. Ruano, 5.

San Fernando. — E. Tomás, 5; A. Morales, 5.

Ginebra. — Anónimo, 15.

Bailén. — Iglesia Evangélica, 20; J. J. Sanz, 10.

Muchas gracias a todos los donantes.

RESUMEN

Total de lo recaudado en el mes	726,90
Balance del mes anterior	994,06

TOTAL	1.720,96
-----------------	----------

Total de lo gastado en el mes	853,95
---	--------

Balance actual en Caja	867,01
----------------------------------	--------

Madrid, 31 de Diciembre de 1926. — *Enrique Lindgaard.*

Recuerdos de un veterano.

X. Sin posada.

BARRI había ido a las Baleares para recorrerlas, llevando a todos los que la quisieran la palabra de Dios, y no se contentó con trabajar en la capital. El Dios que le había ayudado en Palma, en medio de tantos disturbios, le ayudaría también en los pueblos, aunque en ellos no pudiese siempre encontrar personas liberales que le defendiesen.

Así, en dos años visitó el colportor catalán gran número de pueblos de Mallorca, Menorca e Ibiza. Por todas partes se había difundido la noticia de lo ocurrido en la capital; pues, como ya hemos dicho, la reñida batalla periodística había durado unos seis meses.

Al pueblo de San Juan (Mallorca) llegó Barri lloviendo. Lo primero que hizo fué encaminarse a la posada, donde dejó convenido el hospedaje, cena y cama. Él quería aprovechar bien el día trabajando casa por casa el elemento labrador, que, a causa de la lluvia, no había salido a sus faenas del campo. Dejó buena parte de su carga de libros en la posada, y salió a trabajar el pueblo. Por todas partes fué recibido con interés. Era «el hombre que había tenido tanta zaragata con los curas en Palma».

A la puesta de sol Barri volvió a la que él creía «su» posada, para cenar y descansar. ¡Bien necesitaba lo uno y lo otro! Los colportores saben lo que es estar hambrientos y cansados a la vez. Pero no estando aún su cena, y hallándose sentadas en el portal dos mujeres, Barri entabló conversación con ellas:

— Están ustedes seguras que se morirán, ¿verdad?

— Sí, señor — respondieron ellas bastante extrañadas de tal pregunta.

— ¿Y saben adónde irán después de muertas?

La sorpresa aumentó. Aquellas dos mujeres se miraron la una a la otra. Al fin una, más atrevida, respondió:

— ¿Qué? ¿Lo sabe usted? Nadie lo puede saber.

— Sí que lo sé — dijo el colportor —; o iréis al cielo, o iréis al infierno.

Naturalmente que esto dió origen a una conversación en que entraba la esencia del Evangelio: la oferta de perdón, salvación y paz por la obra de Cristo, aceptada con fe. Pero mientras se estaba en ella, dos curas pasaron, se acercaron al grupo, y en seguida se dirigieron a la dueña de la posada en estos términos:

— ¿Usted va a dar hospedaje a este hombre, que vende libros malos y es un agente de Satanás? No habrá suerte ni salvación jamás para usted ni para ninguno de su familia.

La pobre posadera se echó a temblar.

Aquel hombre era su ruina. No tendría, si lo hospedaba, «ni suerte ni salvación». No sabemos qué de ambas cosas le importaría más. Por si acaso, iban juntas. Pronto hizo su resolución, y dirigiéndose al cansado viajero, le dijo:

— Márchese usted inmediatamente. No le quiero ni un momento más en mi casa. ¿Voy yo a recibir a hombres como usted? ¡Jesús, María y José!

Y se persignó devotamente.

Barri, a quien no agradaba la perspectiva de abandonar la posada a aquella hora y en aquel estado, procuró ganar tiempo, en la esperanza de que se reuniría alguna gente, ante la cual él podría defender su causa. Los dos curas estaban aún allí. Pero la gente tardaba y la posadera apremiaba. Al fin, Barri dijo:

— Bueno, ¿cuánto le debo a usted?

— Nada, puesto que nada ha comido todavía.

Y el pobre colportor cargó con sus bultos y salió a la calle. Una vez en ella, llamó a los dos curas, y cuando éstos acudieron, empezó el caso a llamar la atención de algunas personas, y pronto se juntó a Barri y a los dos curas un buen golpe de gente del pueblo. Cuando llegó su momento, Barri dijo:

— Yo soy un peregrino, como todos los mortales. El amor que tengo a la verdad y a las almas todas me ha traído a este pueblo, y puedo asegurar a ustedes que si me dejan hablar y escuchan con atención, sus conciencias les dirán que lo que acaban de hacer conmigo estos dos señores curas es muy contrario a la voluntad del Dios de infinito amor, y aun a las doctrinas que enseña la Iglesia de que son ministros. Yo vengo a enseñar lo que está en la Palabra de Dios. ¿A que nunca estos señores curas les han enseñado los mandamientos de la ley de Dios tal como los tienen en su misma Biblia? Voy a leerlos.

Y allí, ante un grupo numeroso de hombres, reunido bajo un farol que débilmente alumbraba, el colportor sacó su Biblia, buscó en el libro del Éxodo el capítulo XX, y alargando el libro a los dos curas, les suplicó leyeran en voz alta los Diez Mandamientos. Los curas no quisieron leer. Empezaron a desasirse del grupo para marcharse. Como esto no era del todo fácil, aún pudieron ellos oír al colportor, que decía:

— Siento mucho que quienes se llaman ministros de Dios no quieran leer los Mandamientos divinos; si yo los leo, podéis pensar que digo lo que no está escrito. Ruego que se acerque cualquiera de ustedes y los lea.

Así se hizo, y el colportor habló de la verdad cristiana a aquellos vecinos.

Pero a todo esto no aparecía solución

para el problema inmediato del alojamiento. Terminada la breve plática, el colportor levantó del suelo sus dos fardos y a Dios el corazón. Iba andando sin dirección fija, cuando una mujer que llevaba el mismo camino se le acerca y le dice:

— Y ahora, ¿dónde irá usted a cenar y dormir, en una noche tan mala como hace? Parece que está usted muy convencido de que es verdad lo que habla.

— Iré adonde Dios quiera, señora. Él solo sabe que lo que me pasa es por defender su verdad santa.

Entonces aquella mujer, antes de separarse del colportor, le dijo:

— ¿Ve usted, amigo, aquella luz que hay allá lejos, en esta calle?

— Sí — contestó el colportor, que ya caminaba desmayadamente.

— Pues ese piano que se oye lo tocan en la misma casa de donde sale la luz. Entre usted en ella, que estoy segura le recibirán y le darán de cenar y buena cama.

Reanimado Barri con esta esperanza, caminó hasta aquella casa, y llamó. Paró la música del piano; salió el dueño de la casa, y preguntó al desconocido si tenía documentos.

— La cédula personal, la patente y un certificado de la Iglesia Evangélica a que pertenezco — contestó Barri.

— Basta — respondió aquel señor —; no hace falta que presente documento ninguno. Ya dije yo que usted cenaría hoy con nosotros; y en prueba de ello, que le he dicho a mi señora que pusiera un pollo, pues tendríamos un convidado protestante. Yo simpatizo con sus ideas. Este país no las conoce, y es natural que haga sufrir a quien las propague y defienda. Aquí, en mi casa, puede usted descansar tranquilo.

No había pasado media hora, y un hombre apareció con el siguiente recado para el dueño:

— De parte del señor párroco, que haga usted el favor de ir por su casa.

Poco tuvo que cavilar el interpelado para dar su respuesta:

— Diga al señor cura que tengo ahora una visita muy grata, y no puedo dejarla para ir a verle. Puede decirme por escrito lo que guste.

Dos veces más vino el propio. Para no ser descortés, el caballero que había acogido a Barri fué a ver al señor cura. Volvió riéndose:

— ¿Pues no se empeñan en que yo eche de mi casa a este pobre hombre, para que mañana le hallen muerto en cualquier parte? Pero esté usted tranquilo — añadió tocando en el hombro a Barri —; no hay curas bastantes en el mundo para que me hagan cometer tal barbaridad.

El siguiente capítulo se titulará: «Un alcalde bruto».

Suscríbase a ESPAÑA EVANGÉLICA

Esfuerzo Cristiano

Campos descuidados.

Dom., 30 de Enero. *Isaias, 35, 1-8.*

Lecturas diarias.

Lunes . . .	Lugares aislados. . .	2.ª Cor., 10, 13-18.
Martes . .	La puerta abierta. . .	Apoc., 3, 8.
Miércoles .	Llevando el mensaje. .	Hech., 8, 5-8.
Jueves . .	Una iglesia que progresa.	1.ª Tes., 1, 1-10.
Viernes . .	Encontrando oposición	1.ª Cor., 16, 5-11.
Sábado . .	Niños descuidados. . .	Mat., 19, 13-15.

Sugestiones.

El recreo de Dios se halla en el campo; el del hombre, en la ciudad. Descuidar el campo, que es el sitio en que la gente se halla y vive desparramada, es pecado.

Las regiones descuidadas de nuestra patria constituyen grandes oportunidades para el esforzador cristiano, y más si puede vivir allí. Su influencia en este caso es todavía de más valor.

Allí donde la gente habita en la soledad, apartada de toda iglesia evangélica y no tiene medios para oír la Palabra divina, es donde debemos trabajar. El profeta es tan necesario hoy como lo fué en los tiempos antiguos.

Ilustraciones.

Como en el campo no se hallan las influencias perniciosas de la ciudad, una iglesia rural se convierte en centro principal del pueblo. El ministro es una persona que por su santidad, cultura y ejemplo es atendido por todos.

La iglesia rural es adecuada también para celebrar conferencias culturales, además de los servicios religiosos. Esto es altamente beneficioso para los habitantes del pueblo.

Hay regiones en nuestra patria, las cuales, por su dificultad en comunicarse con el resto del país, se encuentran descuidadas de los cristianos evangélicos. A esos campos descuidados es donde debemos ir para anunciar las Buenas Nuevas de salvación.

Temas para pensar.

¿Cuál es la necesidad más urgente de nuestros campesinos?

¿Qué pueden hacer los esforzadores cristianos por los campos descuidados?

¿Cómo hacer de la sencilla iglesia de un pueblo el centro más importante de la región?

Pensamientos.

Los trabajadores de los bosques son a menudo descuidados y olvidados, porque la tarea de llevarles el mensaje de Dios no es cosa fácil. Necesitamos pilotos espirituales. — *G. R. Ray.*

Nuestros pobres son los que más necesitan del Evangelio. Después de las luchas duras por la existencia, débeseles enseñar cómo prepararse para el descanso eterno. — *X. X.*

Sociedades infantiles.

Qué podemos aprender de los animales.

Dom., 30 de Enero. *Prov., 30, 24-30.*

Pregúntese a los niños lo que dice Jesús de ciertos animales: palomas, serpientes, zorros, etc.

Pasando luego a la explicación de la lección, vemos en las hormigas un ejemplo de previsión y de economía; en las demás bestias observamos un admirable instinto de conservación, pues ninguna come lo que le hace daño, mientras los hombres abusan tanto de la comida y de la bebida acarreándose enfermedades y aun la muerte.

Las palabras de Jeremías en el capítulo VIII, versículo 7, merecen ser aprendidas de memoria. Imitemos a los animales en sus buenas cualidades.

COLEGIO EVANGÉLICO. - Sabadell (Barcelona).

Necesitamos MAESTRO

Condiciones indispensables: **Ser evangélico y tener título oficial.**

Informes: **Rdo. Antonio Estruch, V. Balaguer, núm. 208.**

ESPAÑA EVANGÉLICA

PERIÓDICO SEMANAL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

BENEFICENCIA, 18. MADRID. 4

APARTADO 4024

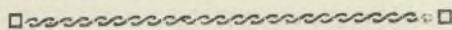
Precios de suscripción:

Un año	8 pesetas
Seis meses.	4
Extrajero: Un año.	15
Seis meses.	8
América: Un año.	2 dólares
Seis meses.	1 dólar
No se admiten suscripciones por menos de seis meses.	
Las suscripciones darán principio en 1.º de Enero ó 1.º de Julio.	

NÚMERO SUELTO: 15 céntimos.

ADMINISTRADOR:

FERNANDO CABRERA



Escuela Dominical

El cristianismo venciendo la tentación.

30 de Enero.

Luc., 4, 1-14;

1.ª Cor., 10, 12 y 13.

TEXTO AUREO. — *Porque en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados.* — Heb., 2, 18.

El cristiano ha de contar con ser tentado. Satanás podrá dejar a los malos que sigan sus caminos porque no necesita incitarlos al mal; ellos se bastan para hacerlo. Pero combatirá tenazmente a los que son de Cristo, como combatió al Maestro y Salvador de ellos.

No es pecado ser tentado; es pecado caer, porque San Pablo nos asegura que no hay tentación en la cual Dios no haya provisto una salida para que podamos resistir. En toda tentación podemos contar con el auxilio omnipotente de Cristo.

Las tentaciones de Jesús en el desierto nos descubren algo de la táctica del tentador, y nos señalan el camino de la victoria.

En la primera tentación, el diablo quiso inducirle a que usara en beneficio propio el poder que había recibido para beneficio de los hombres. El tentador escogió el momento más a propósito, cuando, después de cuarenta días de ayuno, los instintos naturales de su humanidad perfecta volvieron a manifestarse con voz imperiosa. ¿Qué cosa más inocente que tener hambre? ¿Y qué cosa más propia de su dignidad de Hijo de Dios que proveerse de alimento allí en el desierto? ¿Por qué no lo hizo?

«No con sólo pan vivirá el hombre, mas con toda palabra que sale de la boca de Dios.» Dios puede conservar nuestra vida, con pan o sin él. Dios, su Padre, le ha enviado al desierto; Él le proveerá de lo necesario. Usar de su poder para proporcionarse alimento hubiera sido desconfiar de Dios y salir de la dependencia filial en que se había colocado. ¿Cómo hubiera podido Él ser un ejemplo para nosotros, si hubiera usado en beneficio propio un poder que nosotros no tenemos?

La segunda tentación se apoya en la misma confianza que Jesús ha demostrado en su Padre. El diablo sabe citar la Escritura cuando le conviene, pero la cita mal. Dios ha prometido enviar sus ángeles para proteger a los suyos, pero debemos pensar en qué «caminos» andamos, para saber si podemos contar con tal protección. Una cosa es confiar en Dios cuando Él permite peligros en nuestro camino, y otra cosa esperar su auxilio cuando nosotros los buscamos sin necesidad. Esto no es confiar; es «tentar a Dios».

La tercera tentación inducía a Jesús a buscar un camino fácil y rápido, pero engañoso, para alcanzar su reino sobre el mundo. Él sabía que había venido para ser Rey, y que su Padre «le había ordenado un reino». Satanás le dice que él puede darle el reino, porque «a quien quiere lo da» (Luc., IV, 6). Es verdad que la fuerza, la autoridad y aun la gloria material de los pueblos muchas veces parecen ser posesión de Satanás. El mismo Jesús lo llamó «el príncipe de este mundo». Pero su autoridad es usurpada e ilegítima, y, por lo tanto, llamada a desaparecer.

El diablo pedía un acto momentáneo y externo de adoración, por lo que este acto significaba: un reconocimiento de su soberanía, un arreglo con él, una promesa de no destruir su reino. Pero Cristo había venido a fundar un reino donde sólo Dios ha de ser adorado y obedecido; un reino de perfecta justicia y bondad y pureza. Los medios habían de corresponder al fin; no podía haber componendas ni treguas con el espíritu del mal, de la injusticia y de la rebeldía contra Dios.

OFERTAS Y DEMANDAS

(25 céntimos línea.)

SE cede hermoso gabinete para caballero, con o sin asistencia. Quesada, 3, segundo izquierda. Madrid. Encarnación del Pozo.